

Asia interdependiente: la construcción de un equilibrio inestable

Oriol Farrés i Martínez
Coordinador del *Anuario Asia-Pacífico*

Una “gran divergencia” que se desvanece... y otra que emerge¹

A partir de sus diversos estudios acerca de la evolución histórica de la riqueza mundial, el economista Angus Madison (1926-2010) consiguió identificar su distribución entre las regiones del mundo y cómo ha evolucionado hasta el momento actual. Tras la lectura de su trabajo, podría concluirse fácilmente que la actual emergencia de Asia (y de China en particular) supone cierto retorno a un “orden natural” de las cosas; dejando a un lado los siglos XIX y XX, China e India han acumulado por lo menos la mitad de la riqueza mundial durante 18 siglos consecutivos. Es más, desde la perspectiva histórica, el fenómeno inédito ha sido el enorme peso del que han gozado las economías occidentales sobre el PIB mundial en los últimos 150 años. La excepcionalidad de este período se ha caracterizado, no solamente por una redistribución de la riqueza hacia occidente, sino por su crecimiento espectacular en términos absolutos en el transcurso de lo que Madison definió como la “época dorada” de la creación de riqueza: si tomamos como base el período 1700-1820, entre 1820 y 1952 el crecimiento se había triplicado; en el siguiente período, de 1952 a 1978, se había multiplicado por 28.

Sin embargo, el crecimiento no fue uniforme, sino que se focalizó en los países occidentales, lo que dio lugar a un rápido distanciamiento entre economías que Huntington definió como “la Gran Divergencia”. Los motivos de este crecimiento son diversos y han generado encendidos debates académicos. Sin embargo, parece que existe consenso en que la particular historia de Europa a partir del s. XV tuvo algo que ver, generando el sustrato socio-cultural necesario a partir de la época de los descubrimientos. Ese sustrato asentó la base de los imperios coloniales, protagonistas de la expansión comercial y la competencia tecnológica que, conjugadas por la ilustración y la revolución científica, condujo finalmente a la Revolución Industrial. La competencia geopolítica entre estados relativamente homogéneos

alimentó una carrera por mejorar las capacidades propias. También los abundantes yacimientos de carbón de Gran Bretaña, la fuente energética principal, contribuyeron de manera determinante a propulsar el uso de nuevas tecnologías de producción y transporte.

De este modo, la mecanización de los medios de producción y transporte de mercancías revolucionó de manera definitiva el comercio internacional a principios del s. XIX. Una nueva alianza formada por comerciantes y soldados abrió los mercados de buena parte del mundo a los productos europeos y americanos, en una escala sin precedentes. Si bien las potencias europeas no perdieron la mala costumbre de declararse la guerra con regularidad, Estados Unidos,

una nueva nación-continente, emergió en el escenario internacional hasta convertirse en la potencia hegemónica, gracias a su enorme poderío industrial y posteriormente, ser el mayor mercado del planeta.

En Europa, los viejos imperios nacionales se enfrentaron en las grandes guerras del s. XX y cedieron su lugar a los nuevos

imperios ideológicos/totalitarios. Tras la derrota del fascismo (representado en Asia por Japón), el Eje Atlántico y el Bloque Comunista coparon el sistema internacional hasta fijar el orden bipolar de la Guerra Fría, relativamente estable en su frente occidental. Sin embargo, en Asia la Guerra Fría fue de todo menos fría. A consecuencia del debilitamiento de las potencias europeas y de Japón tras la Segunda Guerra Mundial, algunas de las colonias asiáticas emprendieron su camino hacia la independencia (como en Indochina) bajo auspicios de las dos potencias hegemónicas, que sí lucharon, aunque bajo otras banderas, en los campos de batalla de Corea, Afganistán o el Sudeste Asiático. Si Europa se dividió por la mitad por el telón de acero, no fueron pocos los países de Asia que se partieron *por dentro*, dando lugar a dos Coreas, dos Chinas, dos Vietnam y a la partición del subcontinente indio.

El colapso de la Unión Soviética en 1989 supuso el final de la guerra ideológica y la constatación de que el modelo

“La actual emergencia de Asia podría considerarse un regreso al ‘orden normal’ de las cosas. Excluyendo el s. XX, China e India acumularon, por lo menos, la mitad de la riqueza mundial durante 18 siglos consecutivos. Es más, desde la perspectiva histórica, el fenómeno inédito ha sido el enorme peso del que han gozado las economías occidentales sobre el PIB mundial en los últimos 150 años.”

occidental de crecimiento económico marcaría el futuro orden comercial internacional. Bajo el liderazgo de Deng Xiaoping, China consolidó su modelo de crecimiento híbrido (una suerte de capitalismo de Estado) y desde entonces, en interacción con la economía internacional, que le abrió mercados y cubrió de inversiones, ha mantenido un crecimiento cercano al 10%, lo que ha colocado al país como la segunda economía mundial, situándose en 2010 por delante de Japón.

Iniciar este artículo con esta breve introducción histórica tiene como objetivo situar al lector en el particular contexto histórico que ha dado forma a la visión de presente y futuro de los actores relevantes en Asia. Como siempre, nuestro pasado se hace presente cuando imaginamos el futuro.

La divergencia de las emociones

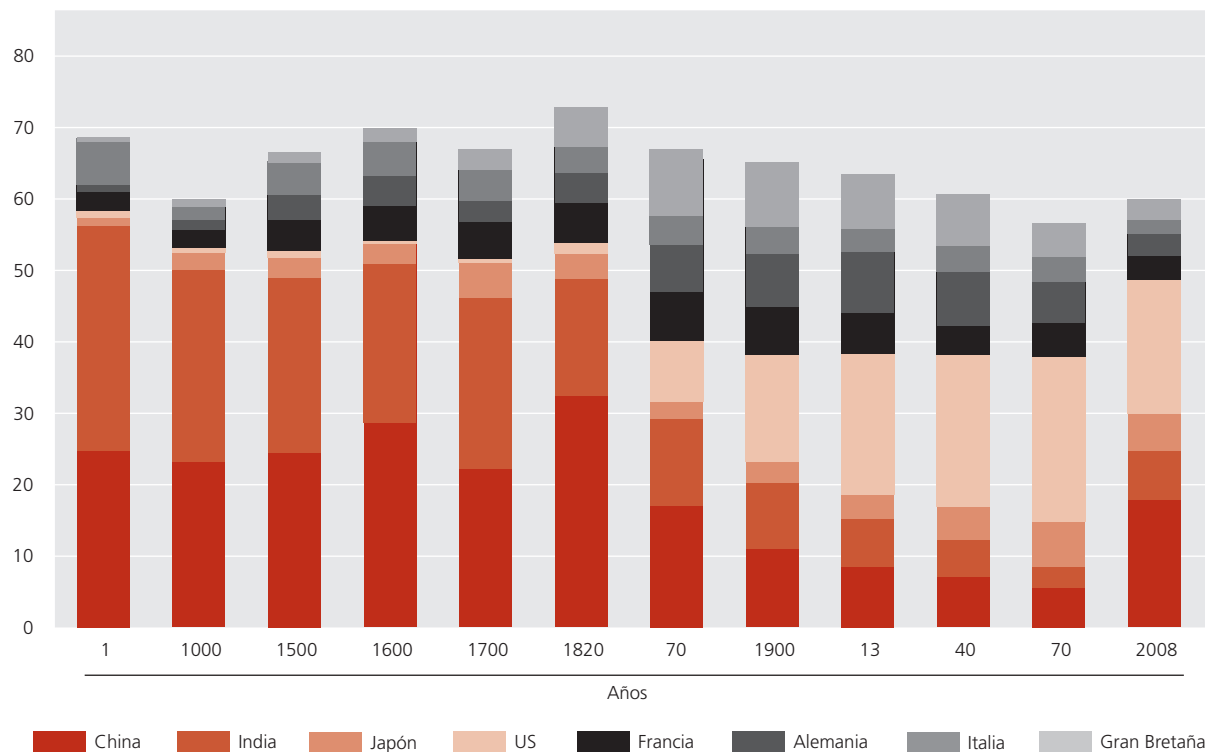
En uno de sus recientes libros, titulado *“Geopolitics of emotion”*, el co-fundador del prestigioso Instituto Francés de Relaciones Internacionales (IFRI), Dominique Moïssi, ofreció su visión –poco ortodoxa para la disciplina académica, pero altamente ilustrativa–, acerca de la importancia de las emociones en la configuración de las relaciones internacionales. La idea subyacente es que en un mundo interconectado

como el actual, en el que la información discurre con rapidez y en grandes cantidades, queda poco tiempo para la reflexión y proliferan las valoraciones “emocionales” de los sucesos.

Estas emociones, que habían sido tradicionalmente monopolio de las instituciones (de gobierno o religiosas) se difunden a grandes sectores de la población por canales imprevisibles (como los nuevos medios de comunicación de masas, redes sociales u otros productos culturales o educativos), lo que explica al menos en parte el contagio de los movimientos a partir de la reflexión individual. Según la idea de Ulrich Beck, se trata de una evolución del individuo desde el aspecto reflectivo (que defiende su identidad) hasta el reflexivo (que piensa acerca su identidad). Frente ellos, las instituciones tradicionales han perdido parte de su influencia y no son capaces de generar suficientes códigos de contextualización que enmarquen la sucesión de acontecimientos a los que el individuo *asiste*, ni tampoco para aquellos en los que puede *participar* (empleando un símil tecnológico, es el paso del individuo 1.0 al individuo 2.0), a través de las redes personales “no institucionalizadas”.

Recuperando los postulados de Moïssi que hemos enunciado al principio, estas emociones se podrían agrupar en tres

GRÁFICO 1. Distribución histórica del PIB mundial



Fuente: *The Economist* a partir de los cálculos de Angus Madison

grandes epígrafes: la esperanza, el miedo y la humillación². Su hipótesis plantea que cada una de estas emociones contribuye a crear la identidad de un pueblo, y afectan decisivamente sus expectativas de futuro y también sobre un elemento clave para las relaciones internacionales pacíficas, como se da en la *confianza* entre Estados. Según su opinión, Estados Unidos y Europa tuvieron su cenit de esperanza en 1989 y, desde entonces, han sucumbido a una creciente sensación de miedo que se materializa en su definición del mundo tras el 11-S y que se ha confirmado tras la crisis financiera.

Por el contrario, ahora es el momento de la esperanza para los asiáticos, que ven como sus países ganan prestigio en la arena internacional gracias al crecimiento económico y a que grandes porciones de población mejoran su calidad de vida. La celebración de los Juegos Olímpicos de Beijing supuso el fenómeno opuesto al 11-S para EEUU: una reafirmación de poder ante el mundo. Así, el autor identifica una “fractura de emociones” (*mood gap*) que curiosamente va en dirección opuesta a la “Gran Divergencia” y que se desprende como una estela de las dinámicas de convergencia.

¿Es esto realista? Indudablemente, los avances de China en cuanto a desarrollo humano han sido destacables en los últimos cuarenta años: el país ha doblado su IDH del 0,349 de 1970 hasta el 0,718 en 2010. A la vista de los resultados, no hay duda que el camino andado por China (y también por India) ha sido importante, ya que además ha significado mejoras importantes para centenares de millones de personas. Sin embargo, el IDH de China es hoy el equivalente al de Armenia y Jamaica, y supera ampliamente al de India (0,58). Se trata del nivel que aproximadamente tenía España a principios de los noventa, Japón en los ochenta o Estados Unidos en los setenta, momentos en que también estos países se encontraban en una fase de expansión de su confianza. Pese a que crecen a un ritmo inferior en cuanto a riqueza (ya que se trata de economías maduras), ninguno de los tres países ha dejado de crecer en términos de desarrollo humano, hasta alcanzar el nivel de desarrollo alto del IDH (cerca de 0,9). No parece pues que el crecimiento de los países emergentes tenga un coste en este terreno, sino más bien puede que sean los propios retos internos de los países más desarrollados (el mantenimiento del Estado del bienestar, la calidad de la educación, la degradación ambiental) los que puedan tener mayor impacto sobre nuestro bienestar. Quizás no sea ilógico tenerle miedo al futuro (especialmente conociendo nuestro pasado). Nuestro modelo actual de crecimiento está en crisis, como también lo están los valores que nos han identificado como sociedades y sobre los que nos interrogamos (la exigencia de derechos humanos, la calidad de la democracia, etc.). Sin embargo, no debemos dejar que este temor contamine las respuestas a preguntas importantes para el

futuro del sistema internacional: ¿Se puede confiar en la emergencia pacífica de China? ¿Es EEUU una potencia en declive? ¿Pueden Japón, China e India crecer al mismo tiempo? ¿Podrá un régimen “comunista” liderar el capitalismo global?

El impacto de los BRIC en las instituciones internacionales: ¿adaptarse o morir?

El punto de partida para reflexionar sobre esta pregunta es la constatación de que la globalización, originada en Occidente, ha tenido entre sus grandes beneficiarios a las potencias emergentes y particularmente al grupo de los BRIC (Brasil, Federación Rusa, India y China).

El creciente rol internacional de estos Estados, ligado a su gran crecimiento económico sostenido en el tiempo (ver Gráfico 2), se ha visto reconocido por una pragmática adaptación de las instituciones –comenzando por las informales– que rigen la economía mundial. Así el antiguo G8 se ha ampliado a G20, lo que reconoce que los países emergentes son ya imprescindibles para la gobernabilidad económica mundial. Este hecho es una prueba más de que la Gran Divergencia entre la riqueza de las naciones –no así de los individuos– se desvanece rápidamente.

¿Cuestiona ese reconocimiento “mundial” de los BRIC el modelo de crecimiento vigente? En la anterior edición del *Anuario*, Kishore Mahbubani, decano de la Lee Kuan Yew School of Public Policy de la Universidad Nacional de Singapur dedicó su artículo a analizar cuál era el secreto de la citada emergencia de Asia. Su conclusión era que, en realidad, las sociedades asiáticas emergentes habían adoptado los “siete pilares de la sabiduría occidental”: una economía de libre mercado, la promoción de la ciencia y la tecnología, la meritocracia, el pragmatismo, la cultura de la paz, el Estado de derecho y la educación.

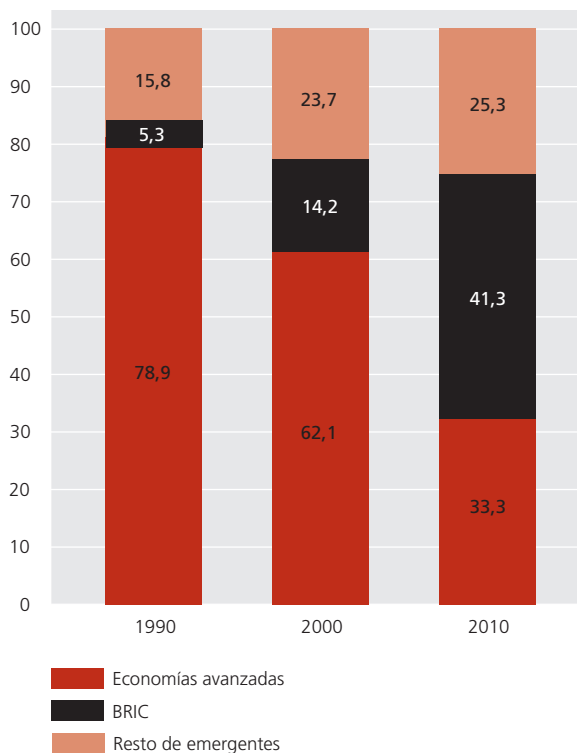
Como hemos expuesto al inicio del texto, el modelo *occidental* de crecimiento (si bien puede y debe ser discutido en muchos aspectos) se ha mostrado como el más efectivo hasta la fecha para lograr un rápido crecimiento económico (a excepción quizás de “descubrir América” por segunda vez). En el actual contexto de libre circulación de los capitales, esto ha permitido el aún más rápido desarrollo de las economías que lo han aplicado. Lejos de oponerse frontalmente a la lógica dominante, los BRIC han presentado su candidatura a ser *socios* en la dirección de la economía global. De entrada, no plantean tanto nuevas instituciones como que les sea asignado un nuevo papel dentro de ellas, más acorde con su actual peso económico. Se trata de una demanda que simboliza una transformación profunda del orden internacional, que desde la caída de la lógica bipolar

podría considerarse como unipolar “por defecto”, y que ahora se transforma en un esquema multipolar asimétrico, que en su versión más optimista tiene tres grandes poderes globales (EEUU, China y la UE) y una *red* global de potencias regionales, sin las que ya no será posible responder a las cuestiones mundiales.

Para reflexionar acerca de este nuevo orden internacional emergente, en esta edición del *Anuario* contamos con la contribución de Gregory Chin, responsable del grupo de investigación sobre China del Centre for International Governance Innovation (CIGI). Su texto analiza el impacto de los BRIC en el orden internacional y su apuesta por un orden más fragmentado, multipolar y de múltiples niveles, en el que aspiran a influir en la agenda y las normas de la gobernanza global. Sin embargo, el autor diferencia el papel de China (que desafía la hegemonía de Estados Unidos) del de las demás potencias, que aspiran tan solo a aumentar su capacidad de influencia global. En su opinión, lo que caracteriza al momento actual es, en primer lugar, la inexistencia de una oposición ideológica manifiesta entre Estados Unidos y los países emergentes. Otra característica es la proliferación de vínculos Sur-Sur, como resultado de una ofensiva diplomática de los BRIC que persigue aumentar la interdependencia entre países emergentes (entre 2004 y 2007 el entonces presidente brasileño *Lula da Silva* visitó 75 países). Finalmente y a diferencia de anteriores concertaciones de intereses de los países emergentes, llama la atención que la coordinación de los BRIC no se ha roto tras la crisis económica, sino que estos han redoblado los esfuerzos y se muestran más seguros de conseguir sus objetivos. La principal duda que manifiesta el autor es si las instituciones internacionales actuales, surgidas principalmente de Bretton-Woods, serán capaces de retener la credibilidad y la legitimidad frente a los actores del sistema, lo que no parece viable si se resisten a representar el equilibrio de poder real. Más allá de pátinas ideológicas, quien tiene más margen para decidir en el sistema capitalista acostumbra a ser aquel que dispone del capital. Como demuestra el Gráfico 2, en las dos últimas décadas una parte importante del capital mundial (en la forma de reservas) se ha desplazado de las economías avanzadas hacia los BRIC y demás países emergentes. La facilidad para endeudarse de las economías avanzadas ha disimulado el impacto de esta transferencia; sin embargo, la tensión subyacente ha sido uno de los motivos de la crisis financiera.

En el contexto actual, está tomando fuerza la percepción de un “fracaso del Norte” a la hora de lidiar con la crisis y dirigir la recuperación. Esto da aún más fuerza a los postulados de los BRIC (donde el mercado aún se supedita al Estado y no a la inversa) y alimenta su confianza en poder reformar el sistema si permanecen unidos. En caso de que fracasen, inevitablemente otros foros surgirán para cuestio-

GRÁFICO 2. Participación en las tendencias de reservas



Fuente: Banco de España (2010)

nar su representatividad, abriendo la puerta a nuevos mecanismos de gobernanza económica, quizás más descentralizada, a favor de lo que China y Brasil ya se han pronunciado en alguna ocasión.

La seguridad en Asia: con un pie en Washington y otro en Beijing

Como hemos mencionado en el apartado anterior estamos asistiendo a la emergencia de un orden multipolar en relaciones internacionales, que será asimétrico en el sentido que no todos los polos ejercerán la misma influencia en las dimensiones de lo internacional. Si bien algunos desplegarán su potencial principalmente en materia económica o de *poder blando*, las particularidades de su contexto geopolítico y sus capacidades militares hacen principalmente de China y la Federación Rusa países capaces de cuestionar la hegemonía norteamericana también en términos de *poder duro*. Más que ninguna otra, la relación entre Beijing y Washington será la que marcará definitivamente la realidad internacional del siglo que iniciamos. Y todo apunta a que no será una relación plácida, ya que ambos se muestran recelosos de las verdaderas intenciones del otro y presentan falta de sintonía en materias sensibles de su agenda política.

Sin embargo, también son fuertemente interdependientes, como en el caso paradigmático del endeudamiento de EEUU con China a cambio que el mercado americano mantenga su consumo de productos chinos. Se trata de un equilibrio que, utilizando lenguaje de la Guerra Fría, el experto indio Brahma Chellaney ha calificado de “destrucción mutua asegurada” en materia financiera. Sin embargo, ¿coinciden también sus intereses de seguridad?

La seguridad vista desde Beijing

La doctrina que sigue marcando oficialmente la emergencia de China como potencia es la del “ascenso pacífico” anunciada por Zheng Bijian en 2003 y que poco después, en consideración a sus vecinos, sustituyó el término “ascenso” por “desarrollo”. A grandes rasgos, proclama el compromiso chino de evitar confrontaciones en el exterior y dar prioridad al desarrollo interno. La lógica subyacente es generar confianza en los vecinos de la región (principalmente Japón y los países del Sudeste Asiático) y, de manera indirecta, también en EEUU, que tiene compromisos de defensa firmados con muchos de ellos y sigue siendo el principal actor de la seguridad en Asia. Al otro lado de los Himalayas, también busca tranquilizar a India, otra potencia emergente actual y con la que existe un precedente de conflicto armado relativamente reciente (1962) debido a disputas fronterizas que aún persisten (como el Aksai Chin o las ligadas al conflicto tibetano). Otra línea de fractura es la creciente presión sobre los recursos (principalmente los hídricos pero también energéticos) que podría conducir a una nueva escalada de tensión. Además, los dos países tienen un estamento militar fuerte e intensamente nacionalista, que por el momento permanece tranquilo ante las buenas perspectivas que ofrece el crecimiento económico.

No obstante, en ambos países es ese nacionalismo el principal factor cohesionador frente a las intensas presiones secesionistas de su interior, y no es impensable que en el caso de no disponer de alternativas pudiera alentarse el factor unificador de “una amenaza exterior”. En el caso de China, esta amenaza tendría en último término como blanco a Estados Unidos y a sus aliados. Sin embargo en India, descontando a Pakistán –que ya cumple sobradamente con el papel de “enemigo exterior”–, existe alarma por la creciente influencia de China en su *patio trasero* debido a la firma de acuerdos de colaboración militar y portuarios con casi todos sus vecinos. Con ello, China está transformando el estatus quo que se sustenta en la hegemonía regional india. ¿Qué persigue China con estos acuerdos? En primer lugar, acceso estratégico al Índico, pero también una vía de abastecimiento alternativa al estrecho de Malaca, por donde discurre el 80% de sus importaciones de energía y que es fácilmente controlable por Estados Unidos y sus aliados. En este caso, la prioridad estratégica de China (diversificar sus

rutas de abastecimiento) choca con una prioridad estratégica india (mantener su estatus regional). Este será el verdadero test a la fortaleza de los nuevos vínculos de confianza que están creando ambos países. Paradójicamente, China e India podrían ser los mejores socios en lo internacional y al mismo tiempo, competidores en casa.

La seguridad vista desde Washington

Con posterioridad a la Segunda Guerra Mundial y mediante la ocupación de Japón, Estados Unidos se convirtió en el actor más importante en la seguridad de Asia. Esto se mantiene hoy en día, ya que no solamente dispone de una de sus flotas desplegada permanentemente en Asia, sino que mantiene grandes contingentes de tropas en Japón (de facto, su principal portaaviones en Asia Oriental) Corea del Sur y Afganistán, además de tener presencia en Australia, Filipinas, Singapur, Tailandia, Indonesia, Pakistán y dos bases oceánicas, Diego García (Índico) y Guam (Pacífico).

El cambio de estrategia de defensa norteamericana bajo la administración Bush, que insinuó un repliegue importante de tropas de Asia y se involucró a gran escala en los conflictos de Irak y Afganistán, generó entre sus socios cierta sensación de dejación de sus “responsabilidades” de seguridad en el Este de Asia. En un primer momento, la llegada de la nueva administración Obama generó grandes expectativas (en casi todo, pero también en este tema) y, de entrada, pareció ponerse manos a la obra, con enfoques específicos para los conflictos más importantes de Asia. Sin embargo, con el paso del tiempo dio la sensación que su política exterior carecía de una visión de conjunto para Asia. Así lo afirma Brahma Chellaney, que contribuye a esta edición del *Anuario* y que en el análisis de la política asiática de Obama marca un antes y un después de 2010. El período anterior se caracteriza por una actitud conciliadora de Washington hacia Beijing, consciente de la importancia de la relación bilateral. Sin embargo, Chellaney llama nuestra atención acerca de la creciente asertividad de China en sus conflictos internacionales, que queda patente en la decisión de incluir las zonas disputadas de China meridional en el núcleo duro de sus intereses de defensa, o durante la crisis abierta con Japón a mediados de año, que se convierte en el punto de inflexión de la estrategia americana. Particularmente, el caso de Japón sirve para reforzar la alianza bilateral con Estados Unidos, así como con el resto de los países del Sudeste Asiático. La teoría de la “China threat” (“la amenaza china”) que encuentra eco en algunos sectores de Washington, tiene un coste evidente en la relación con Beijing, pero granjea beneficios frente a otros países asiáticos, como Japón, India o la misma ASEAN.

Se dibuja así un escenario en el que adquiere nueva fuerza la llamada “Alianza Trilateral” con Japón y Corea del Sur, y

cobra un papel especialmente importante India, que la diplomacia norteamericana ha identificado claramente como el principal contrapeso a China. La ambivalencia de Pakistán (como aliado y enemigo en la guerra contra el terrorismo) han conducido a un progresivo alejamiento entre Washington e Islamabad que, tras la salida inminente de las tropas de Afganistán favorecerá una nueva relación con India, que en materia de seguridad, comparte algunas prioridades como la lucha contra el terrorismo islamista y la promoción de los valores democráticos (de los que India se presenta como abanderada) además de, todo sea dicho, una sutil contención de China.

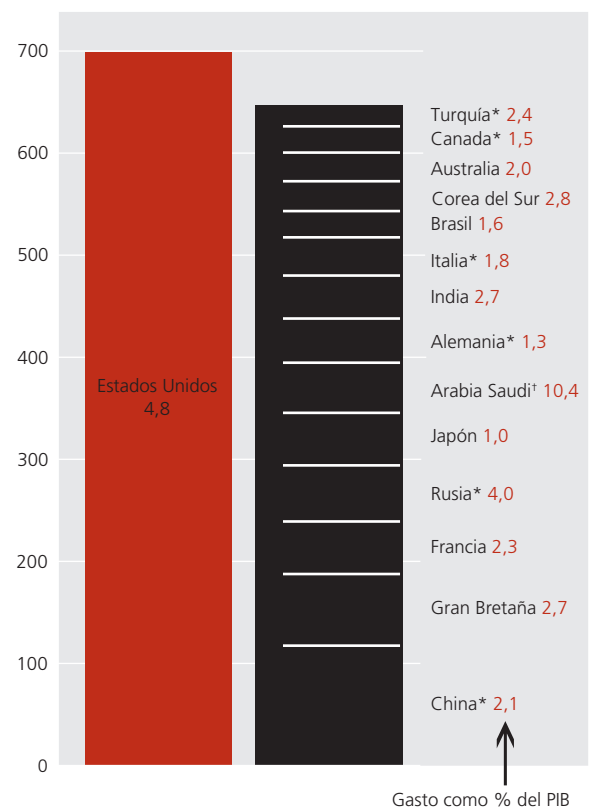
En este sentido, ¿hasta qué punto es China una amenaza? Posiblemente, esta es la pregunta que se repiten una y otra vez los analistas de medio mundo. Fue precisamente ese medio mundo el que en 2010 se hizo eco de la publicación de un libro titulado *El sueño de China*, escrito por el Coronel Liu Mingfu, de la Universidad Nacional de la Defensa, y que se centraba en la necesidad de que China abandone su “modestia” y se convierta en la principal potencia militar del mundo, desplazando en este terreno a Estados Unidos. En opinión del autor, a medida que China gane terreno a EEUU como motor del capitalismo, aumentará la tensión entre ellos hasta que, de manera inevitable, estallará un conflicto armado. Como corriente de opinión entre las élites políticas, parece que esta no deja de ser una visión minoritaria (de hecho el libro tuvo una difusión reducida) pero aún así, refleja una corriente de pensamiento que es difícil de calibrar hasta dónde impregna a las élites militares de los citados países. Sin embargo, el beneficio de la duda favorece el actual estatus quo de seguridad, la *pax americana* que posiblemente seguirá siendo necesaria mientras la región no se dote de una estructura de seguridad propia que garantice cierta estabilidad, que también Estados Unidos necesita, ya que, como nos recuerda Chellaney, la primera línea de su defensa nacional no está en California, sino en las costas del Pacífico asiático.

Lo que es innegable es que China está llevando a cabo una modernización importante de su ejército acorde con su nuevo rol internacional, tal como analiza en profundidad el artículo de Félix Arteaga, experto en Seguridad del Real Instituto Elcano. Su conclusión es que según la concepción geopolítica china el poderío militar no es un fin en sí mismo, sino un instrumento, entre otros muchos, para lograr ejercer su influencia en el sistema internacional. Además, y a diferencia del camino emprendido por las potencias occidentales para lograr su predominio, el auge de la industria militar y el expansionismo no son motores de crecimiento económico. Sin embargo, constata el autor, la modernización del ejército chino propicia en sus vecinos el clásico “dilema de seguridad” sobre si es mejor mantener unas fuerzas armadas de perfil bajo (que eviten las provocaciones) o rearmarse

para desmotivar la idea de un contencioso. Y parece que la mayoría de ellos han optado por la segunda opción, como demuestra el hecho de que según datos de SIPRI el gasto militar de Asia Oriental pasó de 100.000 millones de dólares en 1988 a casi 250.000 millones en 2010. Por su parte, Beijing no facilita las cosas, ya que está manteniendo la reforma de su ejército bajo un gran secretismo (con constantes filtraciones de presuntas armas secretas invisibles) que a diferencia de otros modelos de transformación militar en tiempos de paz excluye la idea de abrir el proceso y colaborar con socios internacionales. Indudablemente, este no es un elemento que favorezca la confianza, ya que acrecienta las especulaciones sobre las verdaderas intenciones de la reforma militar china.

El Gráfico 3 muestra que la supremacía de Estados Unidos sigue siendo incontestable. Es por ello que si alguna carrera se está dando realmente en Asia entre las dos potencias, por el momento no es una carrera armamentística, sino una diplomática para ganarse nuevos aliados y cerrar filas. Y

GRÁFICO 3. Países que más gastan en defensa (gasto total –miles de millones de dólares– y según porcentaje del PIB)



* Estimación

† Incluye gasto en orden público

Fuente: *The Economist* a partir de datos de SIPRI

esta no parece que sea una competición que China pueda ganar fácilmente; mientras que Estados Unidos atrae por su fortaleza, es esa misma fortaleza lo que asusta de China.

Conflictos en el Mar de China Meridional

Sin duda, uno de los temas más relevantes para la seguridad asiática en el 2010 ha sido la evolución de los diversos conflictos activos en el Mar de China Meridional, una extensión de agua en la que confluyen los intereses de prácticamente todos los actores de Asia Oriental y el Sudeste Asiático, y que por diversos motivos es un detonante periódico de conflictos. Se trata además de unos conflictos que a causa de su prolongación en el tiempo son las joyas de la corona del imaginario nacionalista y gozan de popularidad entre la opinión pública de los países implicados. Más allá de su valoración real, tienen un importante valor simbólico que en un momento de competencia como el actual y en el marco de las relaciones internacionales de Asia Oriental, profundamente marcadas por la idea de jerarquía y la permanente resituación del propio país respecto a los demás, atesoran potencial para detonar conflictos más allá de lo que pudiera parecer a primera vista.

A estos conflictos dedica su estudio el profesor Mark J. Valencia, investigador sénior del Nautilus Institute, que nos ofrece la evolución de estos conflictos a lo largo del año. Su texto aborda en primer lugar el contencioso de soberanía entre las dos Coreas en torno a la delimitación de su frontera marítima, que si bien da lugar a escaramuzas frecuentes, en marzo de 2010 subió el nivel de tensión bélica con el hundimiento de la corbeta surcoreana *Cheonan* por parte de un submarino norcoreano, una acción en la que perdieron la vida 43 marineros surcoreanos, y a la que siguió una grave crisis entre ambos países que puso en alerta a toda la comunidad internacional.

Este conflicto convive con otros que además del componente de soberanía, agregan la lucha por el control de los recursos energéticos codiciados en Asia. Este es el caso de las Islas Spratly (entre China, Taiwan y cuatro países de ASEAN) y de las islas Diayou/Senkaku (entre China, Taiwan y Japón). Fue precisamente en las aguas en disputa en este último conflicto donde Japón apresó a un pesquero chino, lo que dio lugar a una agria crisis diplomática entre ambos países.

Como nos recordaba Kishore Mahbubani el año pasado, el sonido más llamativo que llegaba desde Asia era precisamente el del “silencio de las armas”. Sin embargo, en 2010 en la península coreana volvieron a escucharse tambores de guerra. El acto más grave fue el citado hundimiento de la

corbeta *Cheonan*, que provocó un aumento de la tensión entre ambos países evidenciado en diversos intercambios artilleros, el más grave de los cuales se registró en noviembre, cuando Corea del Norte disparó 200 proyectiles sobre la isla surcoreana de Yeonpyeong, causando la muerte de 4 personas. La condena casi unánime de la comunidad internacional resaltó aún más la negativa de China a condenar los hechos, lo que algunos analistas críticos han definido como “momento crucial de las relaciones de China con el mundo”. De hecho, la tolerante actitud china hacia Pyongyang no cuadra con la que ha sido su tendencia reciente, cada vez más exigente con su discolgado aliado. Por ello, bien pudiera ser que la tibieza china respondiera a la necesidad de mantener canales abiertos con el régimen norcoreano, ahora que parece próximo el relevo al frente del régimen de su Líder Supremo, Kim Jong-il. Obviamente, nadie desea el colapso de Corea del Norte, pero menos que nadie China, que debería lidiar con una ola de refugiados en su frontera sur y un quebradero de cabeza sobre quién ocupa el poder y a quién sirve, teniendo en cuenta que una península unificada bajo auspicios del sur colocaría de facto una zona

franca de Estados Unidos frente a China.

Como se decía, la inminencia de la sucesión en Pyongyang tomó forma en 2010 tras el anuncio fidedigno de que Kim Jong-il había sufrido un infarto

que lo había debilitado seriamente. Pese al silencio oficial, poco después se perfiló ya a su hijo pequeño, Kim Jong-un, como el principal candidato a sucederle. Las consecuencias de un cambio de tal magnitud merecen un artículo específico, que en esta edición elabora Rafael Bueno, Director de Política y Sociedad de Casa Asia, analizando los principales dilemas sucesorios de Corea del Norte y completándolos con un perfil de los personajes más relevantes del régimen. El secretismo que envuelve toda crónica de Corea del Norte, según el propio autor, mantiene todo pronóstico en el terreno de la especulación. Sin embargo, Bueno esboza algunos escenarios de futuro que, en cualquier caso, reflejan que la tarea que tiene por delante el joven Kim, recién nombrado general de cuatro estrellas, es titánica, ya que deberá dominar un país militarizado y autárquico, cuya economía devastada no logra producir ni el mínimo sustento de sus habitantes.

Para cerrar este retrato a diversas manos de la seguridad en Asia, debemos mencionar otros dos temas que analizamos en la presente edición. El primero de ellos es la seguridad energética y particularmente, el impacto del consumo energético de China sobre la oferta mundial. El texto corre a cargo de la Directora para China de STRATFOR, Jeniffer Richmond y tiene como punto de partida un balance del

“Como nos recordaba Kishore Mahbubani el año pasado, el sonido más llamativo que llegaba desde Asia era precisamente el del ‘silencio de las armas’. Sin embargo, en 2010 en la península coreana volvieron a escucharse tambores de guerra.”

panorama energético mundial que, en su opinión, ha sentido la creciente demanda china, pero también el efecto de la globalización, que resulta en la volatilidad de los mercados. Debido a sus impresionantes reservas, China ha optado por salir al exterior e invertir en sectores clave que garanticen su suministro futuro. Si bien en el pasado estas inversiones eran vistas con reticencias, en el actual contexto de crisis son más que bienvenidas en América Latina, África, Federación Rusa y Asia Central. El objetivo de la política china al respecto es doble: diversificar rutas de abastecimiento y encontrar alternativas al carbón, su principal fuente de energía aún hoy y que además de poco eficiente es altamente contaminante.

Finalmente, en relación al Sudeste Asiático, debemos mencionar la contribución de Yeo Lay Hwee, Directora del European Union Center del Singapore Institute of International Affairs, quien como especialista destacada en la materia, aborda el proceso de regionalización de Asia, que tiene en la Asociación de Naciones del Sudeste Asiático (ASEAN) un modelo autóctono de relativo éxito y que en 2010, siguió siendo el “caballo ganador” en la construcción de estructuras regionales. Como nos recuerda la autora, ASEAN está llamada a ser la bisagra en la relación entre China y Estados Unidos. Sin embargo, la organización sigue enfrentándose a sus propios retos, como encontrar la manera de manejar apropiadamente los conflictos internos de sus estados miembros. Si bien existe una larga experiencia de lidiar con Myanmar en este terreno, para el funcionamiento de la organización es mucho más importante ver resuelta la crisis política de Tailandia, uno de los estados con mayor peso específico dentro de la institución. Además, el conflicto ha salpicado a las relaciones con Camboya, avivando las disputas fronterizas, tiroteos incluidos, en torno al templo de Preah Vihear. Sin embargo, de acuerdo con la tendencia generalizada a separar economía y política, y a pesar de su profunda crisis institucional, Tailandia consiguió seguir creciendo a un ritmo del 8% anual.

Paz entre Estados, violencia entre comunidades

En paralelo a la proliferación de regímenes democráticos –por definición los más renuentes a entrar en guerra entre ellos– cada vez más Asia comparte con el resto del mundo la tendencia a la internalización de sus conflictos armados más graves. Desde mediados de los setenta, ha descendido radicalmente el número de muertes en batalla. Sin embargo, parece que han aumentado las víctimas de tácticas guerrilleras y del terrorismo. Una de sus consecuencias (o quizás también de sus causas) ha sido la inclusión de la población civil como uno de los objetivos de la lucha armada. Esta es una de las conclusiones que se desprenden del

estudio de los conflictos armados en Asia-Pacífico, que desde el *Anuario* actualizamos en cada edición.

A partir de este estudio anual, hemos detectado como cada vez más los ejércitos asiáticos se emplean dentro de las propias fronteras nacionales contra grupos insurgentes que defienden violentamente una causa, motivada por razones étnicas, religiosas, ideológicas (o en el peor de los casos, una combinación de todas ellas), y que requieren para su combate de amplios despliegues de tropas y ofensivas a gran escala.

Sin embargo, esta internalización no implica que estos conflictos no derramen violencia más allá de sus fronteras. A este respecto, Asia Meridional sigue dando muestras de un complejo juego de vasos comunicantes: la violencia de Afganistán contamina a Pakistán (e implica a India) al este, y también a Asia Central e Irán al oeste, a través del polvo del Valle de Ferghana y el tráfico de drogas y armas. En el nordeste indio, los conflictos de Assam, Manipur y Meghalaya cobran nueva fuerza por su creciente interacción y la porosidad de las fronteras con Myanmar y Bangladesh, a través de las cuales penetran los guerrilleros. Particularmente, en 2010 Irán parece estar sumando esta tendencia a dos de sus conflictos principales: con la minoría kurda y en Sistán-Baluchistán. Al oeste, la lucha entre el ejército y insurgencia kurda ha registrado en 2010 diversas incursiones de tropas iraníes en territorio irakí, donde la insurgencia encuentra refugio. Al este, en Sistán-Baluchistán, el grupo terrorista Jundullah (que además de etnia baluchí, es de confesión sunní y por tanto minoría religiosa en Irán) obtiene sus beneficios del control de los tráficos ilegales que cruzan la frontera.

Otro ejemplo de conflicto interno con ramificaciones internacionales es el que nos ofrece el profesor y activista Muhamad Syafii Anwar, Director del Centro Internacional por el Islam y el Pluralismo de Indonesia, que relata en primera persona en su artículo como el extremismo islámico, que presenta vínculos con el islamismo transnacional proveniente de Oriente Medio, gana influencia frente al islam autóctono en el Sudeste Asiático y entra en competencia con multitud de organizaciones también musulmanas, surgidas de la sociedad civil y que aspiran a mejorar la educación, y promover el empoderamiento de las comunidades y un pensamiento islámico moderado/progresista. En esta lucha por ganar realmente los “corazones y las mentes” de los musulmanes del Sudeste Asiático, los radicales cuentan a su favor con una agenda claramente definida, que recibe financiación desde el exterior y que tiene como recurso la formación universitaria (en centros de Oriente Medio) y un amplio abanico de publicaciones de propaganda. Haciendo bandera de la intolerancia, algunos grupos extremistas no dudan en emplear la violencia como uno de los mecanismos válidos para propiciar los cambios a los que aspiran.

Finalmente, queremos hacer un aparte para mencionar el análisis sobre el conflicto de Afganistán que ha realizado la periodista Mónica Bernabé, presidenta de la Asociación para los derechos Humanos en Afganistán y corresponsal del periódico *El Mundo* en el país. Su artículo es especialmente pertinente ya que en 2010, ha tenido lugar el anuncio de la fecha de retirada de las tropas internacionales, sin que parece haya sido posible lograr una estabilización real del país. Consciente de ello, el gobierno afgano (con el auspicio de EEUU) ha iniciado los contactos con los talibanes, una negociación que supone la única salida posible en el corto plazo pero que tiene serias implicaciones para la sociedad afgana que la autora advierte, como son el deterioro de los derechos de las mujeres y la dificultad para impartir justicia en un país que ha estado sufriendo las miserias de la guerra durante más de 30 años. El texto responde a algunas cuestiones pertinentes: ¿Qué y con quién se quiere negociar exactamente? ¿Por qué ahora?

Los colores de las revueltas populares en Asia: azafrán, amarillo, rojo y verde

Más allá de la perspectiva general de todos los conflictos, mediante artículos *ad hoc* hemos querido asignar una atención especial a cuatro de los más relevantes en 2010. Recientes todos ellos, tienen en común el enfrentamiento violento entre el gobierno y oposición política, que dejando a un lado las urnas ha encabezado “revueltas” populares reprimidas de manera violenta, aunque con distinto desenlace.

Los dos primeros casos nos sitúan en el Sudeste Asiático. Javier Gil-Pérez, investigador invitado en la London School of Economics, profundiza en las raíces de los conflictos de Tailandia y Myanmar y nos ofrece las principales claves para su interpretación y sus posibles escenarios de futuro, que son consecuencia de las manifestaciones de las decenas de miles de personas que en 2007, bajo el liderazgo de los monjes (el nombre de revoluciones azafrán que se les dado procede del color de las túnicas de estos clérigos) desafiaron al gobierno y fueron reprimidas duramente. En 2010, se dieron en Myanmar dos acontecimientos especialmente relevantes, como la liberación de la líder opositora Aung San Suu Kyi y la celebración de nuevas elecciones, que sin embargo, solo sirvieron para reafirmar a la Junta Militar en el poder. En el caso de Tailandia, la respuesta de los partidarios del antiguo presidente Shinawatra a las manifestaciones de 2008 de los *camisas amarillas*, fue la salida a la calle de los *camisas rojas*, en este caso partidarios del ex primer ministro Thaksin Shinawatra y movilizados para bloquear la capital y forzar al gobierno a aceptar sus condiciones. La dura represión aplicada para dispersar el movimiento fue un paso más hacia la crisis política que se abre en el centro de la democracia tailandesa.

La antropóloga del CERI francés Fariba Adelhah dedica su texto a exponer las dos grandes fracturas existentes hoy en la república islámica de Irán, y que identifica con las tensiones entre las esferas pública y privada en economía y la compleja relación entre centro y periferia (una periferia entendida en un sentido amplio, que incluye regiones fronterizas pero también diáspora y minorías), en el terreno de la política. Una situación difícil de intereses cruzados entre las distintas esferas que resulta imprescindible para entender las dinámicas subterráneas que sostienen al régimen. La conclusión de la autora es que si bien estas tensiones ponen en peligro la estabilidad del régimen, se trata de una inestabilidad creativa, que permitirá recomponer el país en el medio plazo. Cabe recordar aquí que Irán experimentó en 2009 una ola de protestas (el *Movimiento Verde*) tras la discutida reelección del presidente Ahmadinejad al frente del gobierno de la República, que movilizó a decenas de miles de iraníes que exigían cambios en el régimen y que, si bien estaban fragmentados políticamente (principalmente entre reformistas y rupturistas), hicieron suya la causa del candidato opositor Hossein Moussaví. La represión fue dura y dio lugar a miles de detenciones, que prosiguieron a lo largo de 2010, desactivando temporalmente el movimiento.

Finalmente, en su balance de la región de Asia Central, el profesor Sebastian Peyrouse analiza la crisis política de Kirguistán, que a lo largo del año y a partir de una movilización ciudadana por el incremento de los precios, tomó envengadura hasta forzar la caída del presidente Bakiev y que, gracias a la gestión eficaz del gobierno provisional (liderado por Roza Otumbayeva), logró la aprobación de una nueva constitución que dotó de mayores poderes al parlamento. El autor nos recuerda que al saldo de muertes ligadas a la represión violenta de los manifestantes debe sumarse el de las víctimas a causa de los pogromos sobre la minoría uzbeka (acusada de apoyar al presidente depuesto) y que, principalmente en las ciudades sureñas de Osh y Jalalabad, causaron la muerte de 2.000 personas y más de 400.000 desplazados.

Se consolida el crecimiento de la economía pero persiste el reto de la paridad

Si bien no es un tema que pueda separarse fácilmente de los anteriores, el análisis económico de Asia en un año tan complejo para la economía mundial como ha sido 2010 merece sin duda, una especial atención.

En esta ocasión, hemos intentado maximizar la información a disposición de los lectores mediante una aproximación a las regiones de Asia Meridional, Asia Oriental y Sudeste Asiático. El análisis de la primera región corre a cargo de Shrawam Nigam, antiguo asesor del gobierno indio e inves-

tigador del ICRIER, que nos presenta un panorama del crecimiento de Asia Meridional, en el que queda claro el factor “diferencial” de India en la región, ya que al contrario de lo que sucede en Asia Oriental, donde las sinergias entre economías funcionan a un nivel superior, India capitaliza el 80% de la riqueza de la región y más del 70% de la población. Además, dos de los países de la región están inmersos en conflictos de gran intensidad (Afganistán y Pakistán) y otros dos justo emprenden el camino de la reconstrucción postconflicto, como Nepal y Sri Lanka. El segundo país en importancia, aunque a buena distancia, es Pakistán, con un 10% del PIB regional y 11% de la población. Sin embargo, aunque no en su máximo nivel, la rivalidad entre ambos países persiste e impide pensar en una “asociación para el desarrollo”. Así, es previsible que India siga su “carrera en solitario” hacia el crecimiento económico, que se explica por su creciente integración en las dinámicas globales y la profunda transformación de su economía, menos basada en la producción agrícola y más en los servicios. Con este proceso, India ha roto la barrera tradicional del 3-4% de crecimiento del PIB y con 8,5% de media en los últimos 5 años se ha convertido en la segunda economía del mundo que más crece, solo por detrás de China. En su análisis de futuro, se contempla a favor de India la juventud de su población (la media de edad es de 26 años, por debajo de Brasil -28,6 años- y China -35,2 años-; de España -41 años- y de Japón -46 años-), lo que promete buenas perspectivas para el dinamismo de la economía. Sin embargo y pese a los logros destacables una gran proporción de la población india sigue viviendo con una renta baja y existen grandes bolsas de pobreza. En este sentido, el reto de las autoridades es doble, y se vincula con la rapidez del crecimiento: por una parte, la distribución de los réditos del crecimiento económico y evitar que quede en pocas manos; en segundo lugar, contener la inflación, que se ceba especialmente con los productos alimentarios y que en un país como India tiene un gran impacto sobre la población, que destina una parte importante de su renta a adquirir alimentos.

Un segundo balance regional, en esta ocasión sobre Asia Oriental y Sudeste Asiático, nos lo brinda Ana María Goy Yamamoto, economista del Centro de Estudios de Asia Oriental de la UAM. Con especial énfasis en el actual contexto de crisis financiera mundial la autora revela que la región ha permanecido relativamente a salvo del impacto de la crisis, registrando un crecimiento medio en el 2010 del 9,2% y que está muy por encima del 3,9% para el conjun-

to de la economía mundial. Su artículo realiza un diagnóstico de las economías, observando el comportamiento de la deuda y el déficit públicos (un capítulo liderado por Japón con una deuda equivalente al 220% de su PIB).

Aparentemente, la situación de China es un ejemplo de virtud, con una deuda que ronda el 27% de su PIB. Ahora bien, análisis recientes apuntan a que la estrategia china de superar la crisis financiera estimulando abundantemente las infraestructuras ha tenido como contrapartida un endeudamiento importante de los gobiernos locales, que las estadísticas citadas no tienen en cuenta. Si añadimos este factor a la ecuación, la salud de la deuda china empeora, hasta alcanzar un 70% del PIB, un nivel que se acerca al de EEUU. Si tenemos en cuenta que la mayor parte de la deuda ha sido contraída en la última década, el panorama dibuja una tendencia insostenible y proclive a desarrollar burbujas. En 2008, China consumió más cemento que el conjunto del resto del mundo (1.350 millones de toneladas) mientras que su consumo per cápita tan solo fue igualado por otros dos países: España e Irlanda, víctimas de una burbuja inmobiliaria.

Además de la deuda, en China preocupa enormemente el auge de la inflación que, al igual que en India, tiene un gran impacto sobre los precios de los alimentos y en consecuencia sobre la renta disponible de amplias capas de la población. Por la cuenta que le trae, el gobierno se ha esforzado en contener ambas amenazas al máximo con vistas a evitar el malestar social. Sin embargo, las alertas acerca de una posible crisis china resuenan periódicamente y no deberían ser ignoradas. Según el economista Edward Chancellor, de la consultora de inversiones GMO, se han levantado ya algunas “banderas rojas” que advierten de la peligrosa deriva China: en primer lugar, un contexto de crecimiento económico rápido y una confianza ciega

“Es previsible que India siga su ‘carrera en solitario’ hacia el crecimiento económico, que se explica por su creciente integración en las dinámicas globales (...) Con este proceso, India ha roto la barrera tradicional del 3-4% de crecimiento del PIB y con 8,5% de media en los últimos 5 años, se ha convertido en la segunda economía del mundo que más crece, solo por detrás de China.”

en la competencia de las autoridades para guiar la economía. Sus estudios señalan “diez signos” de alarma: una excesiva inversión de capital, el auge de la corrupción, el estímulo del dinero fácil, un régimen monetario fijo, un crecimiento acelerado del crédito, cierta “moral de riesgo” basada en la creencia de que las autoridades no permitirán el colapso y como consecuencia de cierta irresponsabilidad en la toma de decisiones, estructuras financieras precarias, y un crecimiento acelerado del precio de la vivienda, favorecido por la concesión de préstamos dudosos.

La experiencia nos dice que estas condiciones se dieron en algunos de los países desarrollados que más afectados se

han visto por la crisis; sin embargo, si algo nos han enseñado las predicciones económicas recientemente es que tan solo son infalibles cuando describen acontecimientos que *ya han tenido lugar*. La interconexión de un número creciente de economías ha añadido tantos factores a la ecuación, que a cualquier interpretación, inmediatamente se opone otra que considera un conjunto de factores distintos.

Por ejemplo, uno de los temas centrales en la prensa económica, fue el debate acerca de la “guerra de divisas”, librada entre las economías que intentan abaratar su moneda para favorecer las exportaciones (y el déficit comercial), encabezadas por Estados Unidos, y aquellas que como China mantienen controles sobre su libre fluctuación y mantienen su moneda a un precio *artificialmente bajo*. A este respecto, resulta interesante el artículo de Alicia García-Herrero y Mario Nigrinis, ambos Economistas Jefes del BBVA, que mediante un completo análisis de los indicadores, ponen en duda que dicha guerra exista “realmente” y no solamente en términos nominales, o por lo menos, argumentan que resulta una descripción exagerada de la realidad. Sin embargo, la multitud de regímenes cambiarios vigentes y los crecientes desequilibrios que arrastra la economía internacional no descartan que este pueda ser un escenario de futuro. Una de las monedas que más se han apreciado desde el estallido de la crisis ha sido el real brasileño, lo que ha dado lugar a una serie de medidas *macroprudenciales* por parte del país latinoamericano. Precisamente fue su ministro de Economía, Guido Mantega, quien acuñó el término de “guerra de divisas”. Y es que el país latinoamericano, del que una vez el general De Gaulle afirmó “es una gran promesa de futuro... y lo seguirá siendo durante mucho, mucho tiempo”, parece haber despegado de manera definitiva, de la mano de su intensa relación con China y el resto de BRIC. En esta edición del *Anuario*, el tradicional artículo dedicado a las relaciones entre Asia y América Latina lo ha redactado Mario Esteban, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid y Coordinador para Asia-Pacífico del OPEX, que ha seguido específicamente este tema. Su análisis muestra claramente la sintonía creciente entre ambas regiones, y en particular con China, con la que América Latina ha multiplicado por 12 el volumen de intercambios comerciales en menos de una década y que está tejiendo una tupida red de intereses financieros, con grandes préstamos e inversiones chinas destinadas a garantizar a Beijing el acceso a recursos naturales necesarios para diversificar sus proveedores y sostener su crecimiento en el futuro. Finalmente, el autor identifica algunas oportunidades para las empresas españolas que surgen de esta relación, especialmente para las más grandes y que también tienen importantes intereses en América Latina.

“En 2008, China consumió más cemento que el conjunto del resto del mundo (1.350 millones de toneladas) mientras que su consumo per cápita tan solo fue igualado por otros dos países: España e Irlanda, víctimas de una burbuja inmobiliaria.”

Desde una perspectiva más amplia, la relación de Asia y España se trata en detalle gracias a la contribución al presente *Anuario* del Secretario de Estado de Asuntos Exteriores y de Cooperación, Juan Antonio Yáñez-Barnuevo, que aporta el análisis más cualificado sobre el peso creciente del continente dentro de la política exterior española. Una relación que el autor califica de esencial y que de la mano de la sociedad civil se ha revitalizado gracias a los diversos Planes de Acción se han coordinado para maximizar su impacto y corregir una desconexión de España y Asia, desplazada por las tradicionales áreas de interés de la política exterior, más centrada en el Mediterráneo, América Latina y la UE. Esta última se percibe como el principal altavoz de España en Asia, participando de las iniciativas generales de manera coordinada, de acuerdo con los principios que rigen la acción exterior de la Unión.

También se ha dedicado un artículo a analizar la pujanza del turismo en China, que podría tener efectos muy positivos para una potencia turística mundial como es España. Dos expertos en el análisis del sector afincados en China, Wolfgang Arlt y Berenice Aceves, elaboran un completo análisis sobre cómo son y qué buscan, los más de cien millones de turistas que China emitirá al mundo en el 2015. Entre sus conclusiones, el estudio apunta la necesidad de conocer y adaptarse a sus gustos como medio para atraer a los nuevos viajeros chinos.

En el caso de Asia, se trata de sociedades cada vez más abiertas e interconectadas entre ellas, que se abren a la influencia de las tendencias globales y que cada vez más contribuyen a ellas. Como se aprecia en el texto dedicado a las nuevas redes de comunicación e Internet 2.0 en Asia, que han elaborado Dani Madrid y Guillermo Martínez, profesores de la UAB y UPF respectivamente, Asia se ha consolidado como la zona geográfica del mundo desde la que más personas se conectan a la red (un 41% del total mundial), aunque el grado de acceso y el tipo de contenidos a los que pueden acceder varía enormemente de país a país, en Asia coexisten los Estados donde la presencia de las TIC es mayor (Corea del Sur y Japón) y otros prácticamente virgenes (como Myanmar o Corea del Norte). Finalmente, el estudio desvela que si bien es cierto que las redes sociales han llegado con fuerza en Asia, no en todos los países han triunfado las redes mayoritarias (como *Facebook* o *Twitter*), sino que se ha optado por redes “autóctonas” (como *Mixi* en Japón o *QZone* en China).

La asimetría que observamos para la penetración de las TIC también se da (aunque en condiciones distintas) si observamos la composición demográfica de la población. A este

respecto, Miguel Sánchez Romero centra su texto en comparar el envejecimiento poblacional en Asia y Europa, analizando en qué fase de la transición demográfica se encuentran los diversos países y observando los costes y beneficios para el Estado en las diversas fases de dicha transición. Una de sus principales conclusiones presenta una importante diferencia entre China e India, que puede condicionar su respectiva evolución futura: si bien ambos países iniciaron su transición demográfica al mismo tiempo (mediados de los setenta), China dejará de gozar del primer dividendo demográfico (los beneficios del ajuste poblacional) en menos de una década, mientras que India los disfrutará durante tres décadas más.

Como cierre a esta edición, se presenta un balance sobre el estado de la pena de muerte en Asia, la región donde se esperan los cambios más significativos en este terreno y donde el 95% de su población reside en países donde la pena capital sigue estando vigente. A este respecto, como en casi todos los temas tratados, no es posible obtener una visión única para todo el continente. Mientras que existen países asiáticos donde la pena de muerte está arraigada y se aplica con relativa frecuencia (como en Singapur –la capital de la pena de muerte en el mundo–, China o Irán), en otros la pena de muerte sigue vigente pero prácticamente inactiva. El peso creciente de la opinión pública y la apertura democrática de las sociedades asiáticas permite ser optimis-

ta en cuanto al devenir futuro de este método punitivo en Asia; a excepción de Estados Unidos, todos los países que han avanzado la senda de la prosperidad y la democracia han abandonado progresivamente la aplicación de la pena de muerte. En este tema, al igual que para otras muchas cuestiones que hemos abordado en esta introducción, la pregunta ya no es sobre el “si”, sino sobre el “cuándo”.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ARRIGHI, G., HAMASHITA, T. y SELDEN, M. (coords.) (2003) *Asia's Resurgence*. Col. Transformations, Routledge Curzon.
- BANCO DE ESPAÑA (2010), “El reposicionamiento de las grandes economías emergentes”, Boletín Económico, diciembre de 2010.
- MADISON, A. (1998) *Chinese Economic Performance in the Long-Run*, OECD Development Centre, Paris.
- MOÏSI, D. (2009) *Geopolitics of emotion*, Random House, Nueva York.
- WIKE, R. (2005) *Prosperity Brings Satisfaction—and Hope: China's optimism*, Pew Global Attitudes Survey.

1. El cierre de la presente edición del *Anuario* coincide con los trágicos sucesos que han tenido lugar en Japón, a raíz del terremoto y posterior tsunami que tan duramente golpearon el nordeste del país y que siguen siendo hoy una amenaza, tras el incidente nuclear de Fukushima. Nos gustaría pues abrir la presente edición con un recuerdo en memoria de las víctimas y un mensaje de solidaridad para el pueblo japonés, que sin duda dará muestras de su enorme capacidad de sacrificio y aceptación valiente de las situaciones más duras. Nuestra *compasión* está con ellos, y también, con los miles de personas que en otros lugares de Asia como Pakistán, Myanmar, Sri Lanka, China y tantos otros están expuestos a la violencia de las catástrofes naturales y afrontan periódicamente y con firme voluntad la tarea de reconstruir su vida a partir de las cenizas.
2. El profesor Moïsi atribuye la emoción de la humillación a los países árabes. Las revueltas populares de 2011 podrían haberle dado la razón ya que este sentimiento es el que fomenta la acción de ruptura.